

summavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiae... (I. TIM. IV. 7-8); y con nuestro Rey y Señor Jesucristo: «Yo he manifestado tu nombre á los hombres... Guardado hé los que tú me diste, y ninguno de ellos se ha perdido, sino el hijo de la perdición... Yo, por mí, te he glorificado en la tierra: tengo acabada la obra, cuya misión me encomendaste. Ahora, glorifícame tú ¡oh Padre! en tí mismo.» *Manifestavi nomen tuum hominibus... Quos dedisti mihi custodivi, et nemo ex eis perivit, nisi filius perditionis... Ego te clarificavi super terram; opus consummavi quod dedisti mihi ut faciam. Et nunc clarifica me tu Pater apud te ipsum...* (JOANN. XVII, 6, 12, 4, 5.)

Aquí pongo punto final á mis cartas, sobre el Mensaje secreto de la Sma. Virgen, y me lisonjeo, de que no podía terminar con otro pensamiento que interesara más vuestro corazón, y el corazón de cualquier sacerdote, ni que mejor resumiera la conclusión práctica, que debemos sacar del conocimiento y de la meditación de este Mensaje, que nuestra Reina se dignó por sí misma traernos del cielo.

Ahora más que nunca, podéis vos comprender la grandeza, la importancia, la gravedad inmensa del hecho de la Aparición de la Sma. Virgen, en el Monte de nuestra Francia, el día 19 de Setiembre, 1846. Comprenderéis, que vino á desem-

peñar, una vez más, el oficio de Madre, el cargo de Reina de los Profetas, y de Reina de los Apóstoles. Vino, para advertirnos, anunciarnos lo venidero, y predicarnos: advertirnos, que la sociedad actual, que está dormida, debe sacudir su torpeza y salir de su indiferencia; para anunciarnos, que el Mundo acaba, que el fin se acerca á pasos agigantados, para predicar á los simples fieles y á los religiosos, á los sacerdotes y á los obispos, á los padres y á los hijos, á todos, en general, y á cada uno, en particular, á fin de que nos convirtamos y procuremos hacernos santos.

Ahora comprenderéis por qué la Sma. Virgen lloró, y sin duda previereis la fecundidad de sus lágrimas. Si la generación pasada, durante este cuarto de siglo, no se enterneció, ni quiso convertirse; la generación que sobrevivirá á los castigos que vino á anunciarnos, no se mostrará tan indiferente, ni tan insensible, ni tan dura de corazón; sino que se enternecerá, formará una sociedad nueva, una sociedad verdaderamente cristiana; una sociedad, que indemnizará á la Iglesia de las tribulaciones y de los dolores que habrá padecido para engendrarla, una sociedad, en fin, digna del amor y de la complacencia del cielo. Esta es, al menos, la esperanza que abraza mi corazón.

Recibid, etc.

F. B.

¿PARA QUÉ SIRVE EL PAPA?

POR

MONSEÑOR GAUME;

PROTONOTARIO APOSTÓLICO, Y DOCTOR EN TEOLÓGIA.

INTRODUCCION.

La Revolución no se cansa nunca de atacar á la Iglesia: luego, nosotros, nunca debemos cansarnos de defenderla. No se limita ya la Revolución á reproducir por la mañana sus ataques de la víspera: cada día inventa otros nuevos, ó renueva los antiguos; á proporcion que se acerca el desenlace, la lucha se simplifica. Y no es un misterio ya para nadie, que el Santo Padre es el punto objetivo de la Revolución.

Hace algún tiempo, que M. de Girardin, en la introducción á un opúsculo, que publicó contra la Santa Sede, pretendía, que el Papa, y sobre todo, el Papa-Rey, no era necesario, para que el mundo continuara siendo cristiano; y que, por lo mismo, no debería de ser menos civilizado, ni menos libre, ni menos feliz sin Papa, que con Papa. Esta asercion equivale á preguntar: ¿Para qué sirve el Papa? y á provocar esta respuesta: la Europa es, hoy, bastante fuerte, y la civilización está suficientemente adelantada, para pasarse sin Papa.

¿PARA QUÉ SIRVE EL PAPA?

I.

¿Para qué sirve el Papa?

No, no es un sueño: despues de mil ochocientos años de cristianismo, en pleno siglo diez y nueve, que se llama siglo de progre-

so y de luces, en las asambleas legislativas, en los salones, en los cafés, en los talleres, en la intimidad del hogar doméstico, lo mismo que en el campo, y en las ciudades; millones de criaturas bautizadas, se preguntan con una seriedad, que aterra: ¿Para qué sirve el Papa, y, sobre todo, el Papa-Rey?

Y nosotros, á nuestra vez, preguntamos: que significa el proponer esta cuestion, en tales ó parecidos términos? ¡Ah! significa, que la noción del Papado, tal como el mismo Hijo de Dios lo estableció, se ha alterado de una manera espantosa. Significa, que el principio, fundamento de la Iglesia, pasa del estado de dogma al de problema. Significa, que el poder, conservador de las sociedades civilizadas, cae en medio, si no de una hostilidad abierta, al menos de una indiferencia, que ha llegado ya á ser contagiosa entre los mismos cristianos.

Con respecto á lo que se llama el mundo, la caída del trono de San Pedro le conmueve menos, que una suspension de pagos, menos, que una baja en la Bolsa. En el mundo, pues, no hay ni un temor de más, ni un baile de menos.

En medio de este descarrillamiento general, permitásenos pronunciar una palabra tan solo, sobre el Papa-Pontífice, y sobre el Papa-Rey.

Y ¿á qué fin pronunciar esta palabra? ¿Para impedir la catástrofe? Ya no estamos á tiempo. En la hora presente, la vieja Europa puede compararse á un buque desmantelado, empujado por el huracán, y próximo

á estrellarse en el salto de la gran catarata del Niágara.

¿A qué, pues, pronunciar esta palabra? Por dos razones, que no carecen de gravedad. La primera, para reasumir cuanto se ha dicho acerca de la cuestión pontificia, y suministrar así á las almas rectas, en días de peligro, una arma fácil y segura contra los sofismas revolucionarios. La segunda, para derramar un rayo de luz sobre el abismo sin fondo, á donde vá á precipitarse la Europa sin Papa.

II.

¿Para qué sirve el Papa?

Pudiera contestarse muy bien á esa pregunta con estotra: ¿Para qué no sirve el Papa? O mejor: ¿para qué sirve la cabeza sobre las espaldas del hombre?. Pues bien! lo que la cabeza es al cuerpo, el Papa es á la Iglesia. Sin cabeza, no subsiste el cuerpo; sin Papa, no hay Iglesia; y sin Iglesia, no hay cristianismo.

Veamos, vosotros todos, literatos é iliteratos, hombres y mujeres, que discutís la cuestión romana, con más ligereza, y quizás, con menos reflexión que no trataríais una cuestión de teatro ó de moda; que en vuestra impaciencia de verla concluida, os parece que se procede con excesiva lentitud: ¿habéis comprendido toda la importancia y trascendencia de vuestro lenguaje?

No teméis en llamar al Papado una institución vieja, de la cual puede en adelante prescindir el mundo, y fanáticos á los que la defienden. Y sin reflexionarlo siquiera, os declaráis en favor de la caída del trono pontificio. Á vuestros ojos, esa caída, no sería más que una perturbación accidental en el equilibrio europeo, una saucudida incapaz de comprometer vuestros intereses, ó, á lo más, una mera avería, fácil de reparar con poco gasto. ¡Ah! asunto gravísimo es este, que bien merece meditarse con alguna seriedad!

Leed la historia. Sin Papa, el estado del mundo volverá á ser lo que era antes del Papa: bajo una forma ú otra, tendrá la esclavitud por base; á Neron, por rey; á Satanás, por dios. Negad esto, si os place; pero los hechos no pueden negarse. No hay luces, ni civilización, ni literatura, ni periodismo, ni pretensiones que los contradigan: entre el hombre y el paganismo con sus ignominias

y sus crímenes, la historia no ha conocido jamás, ni conoce todavía, una barrera: el Papa. Con él desaparece el único dique que se opone á los crímenes paganos, á las desvergüenzas, paganas: la Iglesia y el cristianismo.

Mirad el mapa-mundi. Sin Papa, tendréis el mundo tal como se ve todavía en China, en el Thibet, en la Oceania: degradación moral, ignorancia, antropofagia, supersticiones sangrientas. En una cuestión, en la cual no hay más que dos términos, en vano se buscará un tercero. Entre el cristianismo y el satanismo, no cabe término medio. El hombre ha nacido para adorar. Quien no adora al Dios verdadero, adora al falso. Quien no adora al Dios Altísimo, adora, permítasenos la palabra, al Dios *Bajísimo*. Quien no adora al Dios espíritu, adora al Dios materia, al Dios metal, al Dios carne, al Dios vientre, como decía San Pablo: *quorum Deus venter est*.

Interrogad á vuestros recuerdos: sin Papa, tendréis el mundo cual lo tuvo la Francia, en el 93; Robespierre en la Convención; Fouquier de Tinville en el Palacio de Justicia; el verdugo Simon con su horrible instrumento en la plaza de la Revolución; Carrier en Nantes; Venus en Nuestra Señora; la Bastilla por do quiera. A pesar de todos los certificados de probidad, de honor y de filantropía, tan prodigados en nuestros días, no estamos seguros sino de una sola cosa: sin Papa, no hay cristianismo. Y, sin cristianismo, todo cuanto se ha visto, antes del cristianismo, todo lo que se ve aún fuera del cristianismo, puede verse de nuevo.

«No hay crimen, ha dicho un gran talento, cometido por un hombre, ó por un pueblo, que no pueda ser cometido por otro hombre, ó por otro pueblo, si no se cuenta con el auxilio de Dios, que ha hecho los hombres y los pueblos (1).»

Para impedir que reine otra vez en el mundo civilizado un pasado horrible y empalatoso, hé aquí para lo que sirve el Papa.

(1) Nullum est peccatum quod fecit homo, quod non possit facere alter homo, nisi juvetur a Deo a quo factus est homo. (S. Aug. *Soliloq.*)

III.

¿Para qué sirve el Papa?

¿Para qué sirve el sol en la naturaleza?...

Pues bien! lo que el sol es á la naturaleza, el Papa es al mundo civilizado. No sé si me engaño; pero me parece, que vuestros labios van á darme una negativa muy acentuada, y que creeréis haber triunfado, con solo mostrarme la Inglaterra, la Rusia, los Estados-Unidos y otros pueblos separados de la Iglesia. ¡Pobre triunfo, en verdad! Vuestra objeción, más que una falta de buen sentido, es un error grosero. No se puede negar, que las naciones herejes y cismáticas, sin excepción alguna, viven del Papa, y no viven sino del Papa. Si á esas naciones les tomáis el pulso, hallaréis, que cada pulsación suya normal, es una pulsación católica.

En vuestro concepto, ¿qué es lo que constituye su existencia como naciones cristianas? Sin la menor duda, el elemento cristiano. ¿Pero á quién deben ellas el elemento cristiano? Al Papa, no lo dudeis, solo al Papa. Por una parte, fué el Papa quien les envió los primeros apóstoles del cristianismo; y por otra, todo cuanto estas naciones conservan de cristiano, hasta la Biblia, lo deben á la Iglesia, y, por consiguiente, al Papa, sin el cual la Iglesia no existiría, ni hubiera existido nunca.

De donde se sigue, que ningún protestante, ningún cismático, puede hacer un acto cualquiera de vida cristiana, un acto de fe en la Escritura, sin hacerlo al propio tiempo de la necesidad y de la infalibilidad del Papa. El que dice: Yo creo en la Biblia, pero no creo en el Papa, no sabe lo que se dice. Se miente á sí mismo, y vive de inconsecuencia. Y el día en que no viva de inconsecuencia, será ateo, ó católico. Entre tanto, no vive; vegeta (1). El protestante, puede negar la personalidad del Papa; em-

(1) Lo que se dice aquí del protestante, puede decirse igualmente de los pueblos bajo todos aspectos. Testigos, entre otros, las tres grandes lepras de los países protestantes: el Racionalismo, el Divorcio y el Pauperismo.

pero, quiera que nó, tiene que admitir el principio del Papa.

Más todavía. Esta necesidad del Papa, para continuar siendo cristiano, es tal, que nadie se muestra más *poppista* que el protestante. Los católicos, en diez y ocho siglos no han reconocido sino un solo Papa, obispo de Roma. Los protestantes, no se contentan con tan poco. Tienen tantos papas, como ministros tienen los reyes, ó las reinas; y hasta los tienen en sí mismos, en las afirmaciones religiosas, que el libre exámen permite á la inteligencia de cada uno; de manera, que llevan el papa siempre consigo, puesto que cada protestante es papa de sí mismo.

Si la cantidad es una ventaja para el protestante, la calidad está en favor del católico. El Papa católico no varia jamás. La esencia de los papas protestantes es la de variar siempre. Nunca están de acuerdo entre sí, ni con los demás. ¿Queréis de ello una prueba? Mirad los centenares de sectas protestantes, que se disputan el dogma cristiano; su división ha llegado á un punto tal, que lo que resta hoy de creencias comunes entre ellos, pudiera, dice un ministro protestante, escribirse sobre la uña del pulgar.

Por su naturaleza, este principio de división tiende á multiplicar las sectas hasta lo infinito. ¿Y quién impide esa multiplicación? El Papa. ¿Por qué? Por que el Papa es una afirmación, y en tanto que la afirmación existe, la negación no puede ser completa. Tened por cierto lo que voy á decir: sin la acción indirecta del verdadero Papa en los países protestantes, esto es, sin la influencia permanente de la afirmación católica en el mundo bautizado, haría ya mucho tiempo, que los últimos vestigios de la verdad cristiana, y con ellos los últimos elementos de civilización, habrían desaparecido de las naciones heterodoxas.

Tenemos, pues, que el Papa es al mundo cristiano lo que el sol á la naturaleza. A la manera que solo el sol, hasta cuando descendiendo al ocaso, derrama su luz sobre el mundo físico, así tambien el Papa, solo el Papa, Vicario inmortal de Aquel, que *alumbrá á todo hombre que viene á este mundo*, conserva el cristianismo en todas partes, sean ó no católicas, del mundo civilizado.

Y esto ¿no es nada?

IV.

¿Para qué sirve el Papa?

¿Para qué sirve la llave de la bóveda de un edificio?... Pues bien! El Papa es la llave de la bóveda del edificio social, que no puede subsistir sin dignidad, sin libertad, sin seguridad, sin propiedad.

Conservando el cristianismo, el Papa conserva la dignidad humana. Saber resistir, hasta derramar la sangre, antes que inclinarse ante el error, ó la injusticia, hé aquí, lo que constituye la dignidad del hombre.

Esta dignidad, á la cual las sociedades deben su sosiego, y el género humano sus glorias, descansa esencialmente sobre el Papa. La razon es obvia: sacrificarlo todo, hasta la vida, por la verdad y la justicia, implica el conocimiento cierto, la convicción invencible de la verdad y de la justicia.

Semejante certidumbre requiere dos condiciones: la infalibilidad, y la libertad de la palabra, órgano de la verdad y de la justicia. Ahora bien; sin Papa, no hay infalibilidad; y sin Papa independiente, no hay libertad de palabra, no hay la libertad, tal como se necesita, manifiesta y reconocida para proclamar las verdades de fé, y obligar á aceptarlas (1).

Y en vez del Papa, ¿qué tendreis? Hoy, con la incertidumbre de la verdad, y la incertidumbre del derecho; mañana, con otra de estas grandes escisiones, que se llaman cismas; y, con el cisma, un lúgubre cortejo de divisiones, de odios, de prevaricaciones, de perturbaciones religiosas y sociales, la ruina de la fé, y el desenfreno de costumbres. En vez de sacerdotes, tendreis funcionarios envilecidos: popes ignorantes, como en Rusia; clérigos casados, como en Inglaterra; en vez de Iglesia, una criada, condenada á los servicios más bajos, y devorando, sin despedir la menor queja, todas las repulsas del menoscupo, todas las humillaciones de la servidumbre.

¿Qué tendreis más? El hecho, en lugar del derecho: la infalibilidad usurpada, en lugar de la infalibilidad legitima, pues los reyes serán papas; en vez del simbolo católico, tendreis un credo de fabrica humana, firmado por Isabel ó por Nicolás. Deberéis

(1 Véase la razon en nuestro opúsculo: *La Situacion*.

prosternaros ante un trozo de papel escrito en el gabinete de un déspota, ó en el tocador de una cortesana. Bajo pena de muerte, deberéis besarlo como el Evangelio, y, besándolo, abdicar toda dignidad moral.

Envilecido de esta suerte en lo que tiene de más noble zen que se convierte el genero humano? En lo que era antes que tuviese Papa. ¿Que era entonces? Un pagano lo ha dicho: era un rebaño puesto de manifiesto en un campo de feria, y siempre dispuesto á ser entregado al mayor postor: *Urbanem venalet et mature perituram si emptorem inveniret*.

¿En qué se convierte la sociedad? En lo que es por do quiera que no hay Papa: un vasto bazar, donde todo se vende, porque todo se compra, libertad, honor, conciencia.

¿Qué será de los hombres más altos? Lo que fueron en la Roma de los Césares: lacayos, dispuestos á prestar cualquier servicio; abogados, prontos á decirlo todo, excepto la verdad; empleados, que jurarán hoy, lo que reprobaron ayer, cortesanos, igualmente sinceros de Vilello y de Oton; un senado augusto, que delibere con la mayor gravedad acerca de la mejor salsa para sazonar el rodaballo que debe comer su dueño.

Conservar la dignidad humana, hé aquí, para lo que sirve tambien el Papa.

V.

¿Para qué sirve el Papa?

El Papa sirve para conservar la libertad. Uno de los bienes de que el hombre se muestra hoy más celoso, y el más noble, es el de la libertad. Los deberes, todos, son las murallas de la libertad de cada uno. Sin Papa, no hay Iglesia. Y sin Iglesia quién enseñará los deberes de los reyes para con los pueblos, los deberes de los pueblos para con los reyes, de los padres para con los hijos, de los ricos para con los pobres, de los fuertes para con los debiles, y reciprocamente? Nadie.

¿Quién trazará limites á los deberes con toda certidumbre? Nadie.

¿Quién, con autoridad soberana, reprimirá al temerario que quiera salvarlos? Nadie.

¿Quién, con la misma autoridad, le reprimirá cuando los haya salvado, diciéndole, aún cuando fuese emperador: Esto no es licito: *non licet*? Nadie.

Con la caída del Papa, caen todas las bar-

reras protectoras de la libertad. ¿Con qué las reemplazareis? Con lo que el linaje humano, sin Papa, ha tenido, y tendrá siempre en todas partes: con la licencia, y el despotismo.

Estas dos palabras escritas con cieno desleído en sangre, significan en todos los idiomas, y en todos los países; arbitrariedad, insolencia, injusticia, opresion, lágrimas, miserias.

Significan: Tiberio, HelioGáballo, Diocleciano, Ivan, Enrique VIII, Couthon, Marat, y toda esa dinastia de tigres con corona, ó sin ella, que han dado motivo para decir: «Por nada del mundo quisiera yo servir á un príncipe ateo. Si le conviniese reducirme á polvo en un mortero, estoy seguro, de que sería yo pulverizado.»

Hacer imposible la dinastia de los tiranos; hé aquí, además, para qué sirve la dinastia de los Papas.

VI.

¿Para qué sirve el Papa?

¿Para qué sirve el ejército en las fronteras de un reino? ¿Para qué sirve el para-rayos en un edificio, el dique frente al torrente, la muralla circunvalando á la ciudad?

Ejército, para-rayos, dique, muralla, todo esto es el Papa.

Emperadores y reyes, sabedlo bien: el Papa guarda vuestras fronteras y vuestras coronas.

Pueblos grandes y pequeños; el Papa guarda vuestra nacionalidad, vuestra autonomia.

Nobles y ricos; el Papa guarda vuestros castillos y vuestras propiedades.

Banqueros, comerciantes, obreros; el Papa guarda vuestras cajas, vuestros almacenes y vuestras cajas de ahorros.

Labradores y habitantes de los campos; el Papa guarda vuestras heredades y vuestras cabañas.

El Papa, y solo el Papa, guarda todo eso. Vais á comprenderlo.

En vuestro concepto ¿quién protege el mundo contra el robo, la injusticia, el comunismo? ¿La fuerza? No. La fuerza es un instrumento ciego: defiende ó ataca, conserva ó despoja, según la voluntad del que la emplea. ¿Quién será, pues? El derecho. ¿De dónde viene el derecho? del mismo manantial que la verdad. ¿Por qué? Porque el de-

recho no es otra cosa que la verdad aplicada á la propiedad. ¿Cuál es el manantial de la verdad? ¿Es el hombre? Imposible. ¿Quién será pues? Lo habeis nombrado ya: Dios.

Pues bien; puesto que el derecho tiene en Dios su origen y su regla, hemos de concluir, que el derecho público, el derecho internacional, el derecho de propiedad, lo mismo que cualquier otro derecho, es divino. Y ¿quién ignora, que sin el Papa, el derecho no tiene un órgano divino, ni garantía divina, sino que es reemplazado por el derecho humano, por el *derecho nuevo*?

¿Qué es el derecho humano? Es el derecho del hombre, que se tiene por Dios de si mismo, y que no reconoce por regla de sus actos la ley eterna de justicia, sino sus caprichos y sus intereses. Es el derecho de la fuerza, el derecho de la conveniencia, el derecho de la codicia. *Fortitudo nostra lex justitiae*. Es el derecho de David, haciendo matar á Urias, para poseer á Bethsabée; el derecho de Neron, haciendo cortar la cabeza á los propietarios del Africa, para adjudicarse esta provincia; el derecho de los soberanos del Norte, apoderándose, en el último siglo, de la desventurada Polonia, y dividiéndose entre si las provincias de ella. Su código es muy breve: Quitate de ahí, que quiero ocupar tu lugar; de lo contrario.....

En tales condiciones, la fuerza de otro, la conveniencia de otro, la codicia de otro, son una amenaza perpetua á vuestros bienes y á vuestra seguridad. No se quiere al Papa, porque se quieren todas esas cosas: sea para vosotros esta verdad como el tercer artículo del simbolo.

¿Lo dudais? Interrogad á los franceses, que cuentan setenta años de edad, y á los italianos de hoy dia.

En todo tiempo y en todo lugar, los lobos detestan á los pastores, porque desean apoderarse de las ovejas. A pesar de sus denegaciones hipócritas, los lobos de la Revolucion, del socialismo, del comunismo, del derecho nuevo, no son diferentes de los lobos de las selvas. Su encarnizamiento contra el Papado debiera abrirnos los ojos, y persuadirnos, que el Papa es bueno para algo, aún bajo el punto de vista de nuestros intereses temporales.

En verdad, cuando vemos á los pueblos y á los reyes de Europa atacar al Papado, nos parece tener delante una turba de furio-

sos, que á tontas y á locas están demoliendo el edificio que les ofrece abrigo, y que, al caer, los dejará aplastados bajo sus ruinas.

VII.

¿Para qué sirve el Papa?

Estoy oyendo mil voces que gritan: «Nosotros queremos el Papa, porque el Papa es necesario. Empero, hay Papa-Rey, y Papa-Pontífice; y si queremos al segundo, no nos gusta el primero; y téngase entendido, que si derribamos al Papa-Rey, es para exaltar al Papa-Pontífice. Si abolimos lo temporal, es por amor á lo espiritual. El verdadero medio de rodear al Pontífice de amor y veneración, es despojar al Rey de su corona y de sus bienes. Dejados obrar, y lo vereis.

¿Qué veremos? ¿Que estamos viendo ya? Lo que veremos, Dios lo sabe. Lo que estamos viendo, es la obstinación de vuestros esfuerzos para hacer imposible é impotente al Papa-Pontífice. Mas antes de demostrarlo, examinemos que os disgusta tanto el Papa-Rey. «¡Ah! decir, nos disgusta ver mal gobernados sus Estados: nos disgusta que Pío IX, haciéndose sordo á todos los consejos, se obstine en permanecer estacionario en medio del progreso universal. Sus súbditos nos inspiran lástima.»

«¿Estais bien seguros de vuestras afirmaciones? Hablad con sinceridad; ¿por cuál de estas afirmaciones os dejaríais cortar, no digo la cabeza ó la mano, sino la falange del meñique? La Inglaterra, la Francia y el Piamonte son para vosotros el tipo de la civilización y del progreso. Al comparar esas naciones con los Estados del Papa, exclamais en tono lastimero: «¿Qué diferencia! Aquí abusos sin cuento; allí justicia y regularidad en todo.»

«En los Estados del Papa: la legislación es incomparablemente mas imperfecta.» ¡Mentira!

«La autoridad ménos paternal.» ¡Mentira!
«La justicia peor administrada.» ¡Mentira!
«La miseria más profunda.» ¡Mentira!

«La Hacienda más desarreglada.» ¡Mentira!
«La libertad (!) más escatimada.» ¡Mentira!

«La instrucción más atrasada.» ¡Mentira!

(1) No hay que confundirla con la licencia.

«La propiedad menos respetada.» ¡Mentira!

«Los impuestos más gravosos.» ¡Mentira!
«La vida más costosa.» ¡Mentira!

Todas esas mentiras, y muchas otras que omito, han sido probadas en dos obras irrefutables, como lo es la historia. La primera, habla con guarismos, y con guarismos oficiales: se intitula: *Roma y Londres* (1). En la segunda, habla el embajador de Francia, M. de Rayneval, á quien, sin duda, no se pagaba para escribir la apología de los Estados del Papa.

En una memoria diplomática, que vosotros no leéis, ese testigo tan competente, hablando desde su elevada posición, dice, entre otras cosas: «No me canso de interrogar á las personas, que vienen á denunciarne abusos del gobierno Papal. Esta palabra es palabra del Evangelio. Empero; ¿en qué consisten tales abusos? Esto es lo que todavía no he podido descubrir.....»

«Todas las medidas adoptadas por la administración pontificia, llevan consigo el sello de la sabiduría, de la razón, y del progreso... No hay ni un solo detalle capaz de procurar el bienestar, sea moral, sea material de los pueblos, que escape á la atención del gobierno, ó que no haya sido tratado de una manera favorable. En verdad, cuando ciertas personas van diciendo, que el gobierno pontificio tiene una administración, cuyo objeto no es el bien del pueblo, el gobierno pudiera contestarles: *Estudad, primero, mis actos, y luego condenadlos si os atrevéis á ello.*» (2).

He aquí, pues, como sois engañados, ó engañais. Y sin embargo, ¡hay católicos, que tienen la imprudencia de hacerse eco de semejantes calumnias! ¡Ignoran, acaso, que, hoy día, la mentira, inventada por unos, difundida por otros, es algo más que un arma? Es una potencia. Tiende nada menos, como nos hemos comprometido á demostrarlo, á hacer al Papa imposible é impotente.

VIII.

Imposible. Vosotros preguntais ¿para qué sirve el Papa-Rey? Nadie lo sabe mejor que vosotros mismos. Si de nada sirviera, por

(1) Un tomo en 8.º

(2) Colección de tratados etc. diplomáticos etc. Paris, 1838.

cierto no le atacaríais. La prueba evidente de que sirve para todo, es que vosotros atacais todos sus actos. Vuestra distinción entre el Papa-Pontífice, y el Papa-Rey, no es otra cosa que una añagaza, ó un cebo. El Papa es el representante del Hijo de Dios, Pontífice y Rey. En su persona, la misión de la monarquía y del pontificado es necesaria, para representar en presencia de las naciones, que pasan, el Rey y el Pontífice, que no puede pasar. Procedentes del mismo origen estas dos prerogativas, tienden al mismo fin. El Rey sirve al pontífice, como el cuerpo sirve al alma.

Privado absolutamente del poder temporal, el Papa es un alma sin cuerpo. Debiendo mandar á seres materiales y espirituales, á la vez, ¿cómo pudiera el Papa, alma sin cuerpo, estar en relación con sus súbditos? Apóstoles del espiritualismo puro, explicadnos el problema; de lo contrario, convenid en que no sabeis lo que os decís; y que el primer efecto de vuestras utopías sería el relegar al Papa y á la Iglesia al mundo angélico, ó sea, según vuestro pensamiento, al imperio de la Luna.

Impotente. Nos habláis de vuestro respeto para con el Papa-Pontífice, reducido al carácter de mero obispo de Roma. El Papa, Pontífice y Rey, es la mjestad más alta de la tierra, porque es la personificación visible de la monarquía eterna, y eternamente independiente, del Hijo de Dios en el mundo. El Papa, Pontífice y Rey, es el Papa, que camina al frente de los monarcas; el Papa, que goza, en un grado inaccesible á cualquier otro, del prestigio de la soberanía. Este prestigio es indispensable por dos motivos, para imprimir, de cerca como de lejos, el respeto á los príncipes y á los hombres, hasta las extremidades de la tierra; para conservar, resplandeciente como el sol, el sello de independencia, necesaria á la palabra pontificia.

Tal es el angusto carácter con que se presenta el Papa-Rey, y ¡es impotente para obtener vuestro respeto y vuestra obediencia! ¿Que digo? ¡Os atrevéis á prodigarle la injusticia y el menosprecio!

«No obtiene vuestro respeto, á causa de su monarquía. ¡Ah! si no fuese Rey!... ¡De qué respetos no le rodearíamos!» Traducido con fidelidad este lenguaje, significa: «Cuando el Papa haya descendido de la esfera á que le elevaron los consejos de Dios

y los respetos del universo; cuando en lugar de ser el primero de los soberanos, no sea siquiera Rey, sino súbdito; cuando no tenga órganos oficiales para intimar sus órdenes á los príncipes y á los pueblos, ni representantes acreditados para defender los intereses de la religion en el mundo entero; mientras su palabra solitaria, sin protección legal, sea cada día desnaturalizada, mutilada, traducida con infidelidad por una prensa hostil; cuando en fin, no se hable más del Papa, ó sea permitido á cualquiera ultrajarle impunemente, entónces será cuando nosotros, respetuosos como los primitivos cristianos, obedientes novicios, caeremos ante el de rodillas.»

Una sola cosa os falta, y es, que os creamos.

IX.

Esta cosa la obtendremos, añadís, porque nosotros somos católicos, hasta la médula de los huesos; y aún, sin lisonjearnos, más católicos que el Papa. Si insístimos en pedir la supresión de lo temporal, es para separarlo de lo espiritual, dejar al Papa más libre, y devolver á la Iglesia su perfección primitiva. Jesucristo nació en un establo; nada poseyó, y declaró, que su reino no era de este mundo (!). San Pedro no poseyó otra cosa que una barca y su bordon. Los primeros Papas fueron pobres como él. En vez de palacios, habitaban en las Catacumbas. ¡Nada hay más bello!»

Todo esto es una verdad. Empero lo es tambien, continuando vuestras teorías clásicas, acerca del origen de las sociedades, que hubo un tiempo, en que los reyes se alimentaban con bellotas, al igual que sus súbditos; en que sus palacios eran chozas; y que su equipage consistía en unas sandalias de cuero crudo, cuando no llevaban los pies

(1) Esto es, mi reino no viene de este mundo, *regnum meum non est hinc*. Su existencia, su legitimidad, su fuerza proviene, no del derecho de conquista, de nacimiento ó de elección, sino de Dios. *Ego autem constitutus sum rex ab eo.* ¡Por qué Nuestro Señor, y sus primeros Vicarios, no ejercieron los derechos de la monarquía temporal? Esta cuestion nos llevaría más lejos del fin que nos hemos propuesto á escribir este opusculo.

desnudos; y su manto bello era una piel sin curtir. Puede darse cosa más perfecta! Empezad, pues, por hacer revivir en el siglo diez y nueve, este feliz estado de la *santa Naturaleza*; y después trataremos de que la Iglesia vuelva á lo que vosotros llamais bellos días de su perfeccion primitiva.

Entrelanto, de la comparacion que os place hacer entre lo presente, y lo pasado, deducis la legitimidad, más aún, la utilidad de la espoliacion del Papa. Sed consecuentes, al menos: añadid á las Letanias: «San Mazzini, San Garibaldi, San Victor Emmanuel, grandes bienhechores de la Iglesia; rogad por ella y por nosotros.»

Vamos al fondo de las cosas. Creéis ó no creéis exacto vuestro bello raciocinio; sino lo creéis, ¿por qué hacerlo? Y si lo creéis, no solamente no sois católicos, pero ni cristianos siquiera. Decis, que lo temporal no es necesario, ni útil á la Iglesia; que hasta es contrario á su perfeccion y un obstáculo para vuestra salud eterna. La Iglesia afirma todo lo contrario. Luego, pues, la Iglesia se engaña manifestamente. Y si la Iglesia se engaña, también se engaña el mismo Hijo de Dios, que prometió estar todos los días, hasta la consumacion de los siglos, con su Iglesia docente y militante.

Nosotros, los católicos, decimos, la Iglesia: observado bien; nosotros os desaliamos, á que citeis un sólo Papa, que haya sido de vuestra opinion, un sólo obispo, verdaderamente católico, que no piense como el Papa.

¿Quiénes sois, pues, vosotros para rebelaros contra semejante autoridad, y querer destruir el Papado, tal como Dios y los siglos lo han hecho? ¿Quiénes sois vosotros, para acusar á la Iglesia, ó de no haber comprendido las palabras de su Fundador, ó de haberlas indignamente menospreciado? ¿Quiénes sois vosotros, para decir al Vicario de Jesucristo: Nosotros sabemos mejor que vos lo que conviene á la religion, y lo que no le conviene? ¿Qué espíritu es el que os inspira, cuando os atreveis á declarar al Papa del mundo cristiano, terco, ingrato, incapaz de gobernar á sus pueblos? ¿De dónde venis, vosotros? ¿Quien os ha enviado? Reformadores; ¿qué milagros, que obras acreditan vuestra mision? ¿Dónde está vuestro mandato? ¿Quien lo ha autorizado? Abajo las máscaras. Dejados, siquiera una vez, dejados ver vuestro rostro.

X.

¿Por qué no se quiere el Papa-Rey?

¿Vaciais? pero si vuestra boca empuede, vuestros actos hablan. Y ¿qué nos dicen vuestros actos? Nos dicen, que, á pesar de vuestras reiteradas seguridades de respeto al Papa Pontífice, y de vuestro amor á lo espiritual, no rechazais menos al Papa Pontífice, que al Papa-Rey. Nos dicen también, que no queréis arrebatarle lo temporal, sino porque mucho tiempo há, que no os cuidáis de lo espiritual.

¿Quiénes son los que ahora atacan el poder temporal del Santo Padre, sino aquellos que por sus escritos y por sus actos, atestiguan públicamente el menosprecio á su poder espiritual? Lo que vosotros queréis os lo diremos: Queréis desembarazaros de ese anciano que os estorba. Queréis anoadar al Papado, que harlo sabeis, que no pactará jamás con vuestras doctrinas. Y no siendoos esto posible, queréis encadenarlo y debilitarlo.

Cuando so pretexto de la unidad italiana, hayais encerrado al Papa en el recinto del Vaticano, y establecido al rededor de su morada una linea de circunvalacion piemontesa; cuando ninguna correspondencia, procedente de las cuatro partes del mundo católico, pueda llegar á las manos del Santo Padre, sin haber pasado por el registro de los agentes piemonteses, y ninguna contestacion pueda remitirse sin haber sido sometida al mismo registro; cuando, en fin, por decirlo todo de una vez, el Vicario de Jesucristo sea el locatario de Victor Emmanuel, con Mazzini por mayordomo, y Garibaldi por conserje: *la obra quedará consumada* (1).

Procediendo de esta suerte, habreis hecho imposible el gobierno de la Iglesia á Pio IX, como lo fue á Pio VII, cautivo en Savona. Reducido á tal estado, estamos seguros de veros, verdaderos soldados de Pilatos, doblar la rodilla delante del Vicario de Jesucristo, desnudo y maniatado como su Señor,

(1) Este opúsculo fué publicado antes de la ocupacion de la ciudad de Roma por las tropas piemontesas. Los hechos han acreditado no solo la prevision del autor, sino que han ido mucho más lejos.

y decirle, dándole de bofetadas: *Salve Rey de las conciencias: Ave, Rex Judoorum.*

Hé aqui el punto objetivo de vuestras aspiraciones. Este juego sacrilego, ¿os bastará por mucho tiempo? ¿Quién puede responder de ello? Solo tres cosas hay ciertas. El Calvario no está lejos del Pretorio; San Pedro fué crucificado en el Vaticano; y algunos años despues del decidio, Tito sentaba su campamento al rededor de Jerusalem, y no quedo de esta ciudad piedra sobre piedra.

En cuanto á vosotros, católicos, podéis con la mirada firme y el corazon sereno, esperar el porvenir. Los sepultureros dormirán en la fosa que habrán abierto para vosotros. Entretanto, á todos los sofismas que se os opongian, contestadles: «Yo soy hijo de la Iglesia. Con todos los siglos católicos, yo creo lo que cree el Santo Padre; y apruebo lo que él aprueba; yo condeno, lo que él condena, ni mas, ni menos. Reclina mi cabeza en esta almohada de los mártires y de los santos, duermo en paz: *In pace in idipsium dormiam et requiescam.*»

Ya lo hemos visto, nadie en el mundo ocupa un lugar tan elevado como el Papa-Rey. ¿Qué desaparezcat y su ausencia dejará un vacio que no será jamás ocupado. Jefe de la Iglesia, sol del mundo, llave de la bóveda de la sociedad, órgano de todos los deberes, protector de todos los derechos; si él cae, todo se hunde con él, y se precipita en un abismo sin fondo.

Tal es la respuesta á esta cuestion: ¿De qué sirve el Papa, y el Papa-Rey?

XI.

¿Por qué el Papa sirve para todo?

El Papa sirve para todo, y él es todo lo que acabamos de manifestar, no porque es hombre, sino porque es Papa. El hombre es un billete de banco. De suyo, el billete de banco no es nada, nada más que un pedazo de papel. Asi es el hombre. Pero el billete de banco vale lo que representa. Lo mismo debe decirse del hombre que se llama el Papa: ¿Qué vale el Papa? Lo que representa. ¿Qué representa? Al mismo Dios.

Depositario escogido por Dios, y depositario universal, en él se concentra todo lo que, en el órden moral es Dios para el mundo civilizado. Para el mundo civilizado, Dios es todo; religion, sociedad, familia, derecho,

justicia, dignidad, libertad, seguridad. Todo esto es el Papa.

Todos esos tesoros emanan del Papa Vicario de Dios, como el calor y la luz emanan del foco incandescente; como la sangre brota del corazon y lleva la vida á todas las partes del organismo. Por medio del Papa, esas fuerzas elementales funcionan, se conservan en armonía, se aplican en proporcion conveniente, segun los climas, los tiempos y las personas. Lo que todos los seres deben decir del Criador, los principios civilizadores de las naciones cristianas pueden decirlo del Papa: *Por el vivimos, nos movemos, y existimos: In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus.*

Quital el Papa, y harcis pedazos el divino billete de banco. El valor que representa ¿deja de existir! Las transacciones necesarias entre el poder y el deber, se hacen con el papel-monededa de los cambios políticos, expedientes efimeros, asignados sin garantia, teniendo que apelar, para darles curso, á los cañones rayados, y á las barricadas. Es, por tanto, notorio de toda notoriedad, que atacando á Pio IX, no atacais solo al hombre, atacais tambien al Papa; y atacando al Papa, se ataca á Dios mismo, tal como se dió y constituyó en medio de los cristianos, para elevarlos hasta él.

Una vez derribado el Papa, hay que repetirlo, la idea soberana de Dios redentor, de Dios civilizador, vuelve á ser una letra muerta, que bien pronto desaparecerá entre el polvo de la duda, y acabará con la negacion universal, y todas sus consecuencias.

Con estas verdades fundamentales, deba medirse la enormidad del atentado, que actualmente se está cometiendo en Europa.

XII.

¿Por qué el Papa se ve abandonado?

Parece, pues, que, bajo el cielo de Europa, no debiera encontrarse ni un solo hombre, ni una sola mujer, que no se interesara por el Papa, y el Papa-Rey, como cada uno se interesa por el cristianismo, la civilizacion, su dignidad personal, su libertad, su fortuna y su seguridad.

Sin embargo, no es esto lo que vemos. El Vicario del Hijo de Dios, como ántes el mismo Hijo de Dios, le vemos, hoy, vendido por unos y abandonado por otros: *relictus eo,*

omnes fugerunt. El vacío se forma á su alrededor, y recorre su vía dolorosa, en medio de la indiferencia de las naciones.

De esta indiferencia monstruosa, presagio siniestro de catástrofes sin nombre; ¿quién tiene la culpa? No se ama lo que no se conoce. Ahora bien; ¿hay, cosa menos conocida, que el Papa, aun entre los mismos católicos? Saben, si, únicamente, que en la actualidad, el Papa es el jefe de la Iglesia, que instituye los obispos, y canoniza los santos.

Empero, ¿qué saben las generaciones modernas del lugar que el Papa ocupa en el mundo; de la obediencia filial que le deben los reyes y los pueblos; de la influencia que tienen todos sus actos, tanto en el orden temporal, como en el orden espiritual; de los beneficios inmensos de que le es deudor el género humano, y de la independencia tan necesaria á su Sede?

Nada.

¿De quién es la falta? Aun á riesgo de fastidiar á ciertos oídos, no nos cansaremos de proclamar la verdad. Nos dirijimos á cuantos han hecho estudios clásicos, y á la sociedad formada á imagen de esos estudios, y les preguntaremos, si han hojeado un solo libro griego, latin, francés, histórico, filológico, u otro, que conteste con formalidad y verdaderamente, á esta cuestion fundamental: *Para qué sirve el Papa?*

Cada uno de nosotros puede decir con verdad: «Sabemos de memoria lo que representaban los diferentes dioses del paganismo; las luchas de los patrios y de los plebeyos; las decisiones, más ó menos importantes del senado y del areopago; las faltas, los ademanes y frases de Alejandro, de César, de Sócrates, y de Cicerón.

«Empero, ¿qué es lo que sabemos de la necesidad del Pape; de las luchas heroicas de los Papas en favor de la libertad de los pueblos; de los beneficios de los Papas de las victorias de los Papas sobre la fuerza bruta y sobre la barbarie; de la alta sabiduría de los Papas en el gobierno del mundo? ¿Quién nos ha hablado jamás de esas cosas?

«Toda nuestra instruccion clásica, histórica, literaria, jurídica, política, y algunas veces, hasta la teológica, es indiferente ú hostil al Papado. ¿Y hay que admirarse de que, en presencia de sus enemigos, nosotros permanezcamos indiferentes, mudos, desar-

mados? Nosotros somos lo que se nos ha hecho. Empero, si somos culpables, más culpables son todavía los que nos han hecho tales cuales somos.»

XIII.

Advertencias solemnes.

En medio de estas disposiciones lamentables, cuya responsabilidad pesa con más fuerza sobre quienes ménos lo creen; ¿qué hace el Santo Padre? Humillado, saciado de ultrajes, amenazado con perder su libertad, y quizá su vida, se dirige á todos y á cada uno; á los reyes, lo mismo que á los pueblos; y en forma de solemne despido, les dice estas palabras de Jeremias, que parecen escritas para la actualidad: *Aquí me tenéis: estoy en vuestras manos: haced de mí lo que mejor os parezca. Sabed, empero, y tened por cierto, que si me quitais la vida, derramaréis la sangre inocente, y la haréis recaer sobre vosotros mismos, sobre esta ciudad y sobre sus habitantes, porque verdaderamente es el Señor el que me ha enviado á intimar á vuestros oídos todas las dichas palabras; esto es, porque yo soy verdaderamente el Vicegerente de Dios, el Organo de sus voluntades, el Depositario de sus derechos (1).*

¿Será atendido? Puede ser, no lo sabemos.

Lo que si sabemos de cierto, es, que el mundo pasará; mas, las palabras de la eterna Verdad no pasarán. Cuando, lo mismo que sus antecesores, los enemigos actuales del Papado sean desmentados como un vaso de barro; y cuando la Revolución haya arrojado su polvo al viento, el Papa, el unico poder que sobrevivirá, continuará repitiendo, en medio de las ruinas de las cosas humanas, el cántico de su real inmortalidad: *Et portæ inferi non prevalebunt.*

(1) *Ego autem ecce in manibus vestris sum: facite mihi quod bonum et rectum est in oculis vestris; verumtamen scitote et cognoscite quod si occideritis me, sanguinem innocentem tradetis contra vosmetipsos, et contra civitatem istam, et habitatores ejus: in veritate enim misit me Dominus ad vos, ut loquerer in auribus vestris omnia verba hæc. (XXVI, 14 et 15).*

ROMA Y LA FRANCIA.

I.

Roma 9 Febrero 1874.

He llegado á Roma: el último de los misioneros de la verdad siente, tanto como cualquier otro, la necesidad de adquirir nuevas fuerzas y energía en un baño de luz, y la luz, no hay que buscarla en otra parte: en el Vaticano brilla con todo su esplendor. Allí se encuentra uno, en presencia de un anciano cautivo, y más que octogenario: este venerable cautivo tiene palabras de vida, y es el unico hombre joven que se halla en la nueva Roma: todo lo demás, que data de ayer, es ya decrepito: ese octogenario es joven, porque lo que es eterno, no envejece nunca.

Se arrojadla uno á los pies de ese anciano, que os dice «Hijo mío, yo te bendigo.» Y al levantarse, se acerca á alguna de las grandes ventanas del palacio apostólico, desde donde se descubre la ciudad eterna. La muchedumbre está allí; muchedumbre que se agita y corre en todas direcciones.

Mezclados con los venedidos, los representantes y los agentes de Alemania, los ministros del reino, los senadores, los diputados, los hombres del dinero, y los hombres de rapña, todos están allí como hormigas, que trabajan. Sin embargo, por do quiera se oye decir, que esas hormigas van á edificar un mundo nuevo: no lo creais; cuando habrán esquilamado los pueblos, y chupado hasta la última gota de sangre, que les sacaran con las uñas prestadas por Satanás; cuando tendrán maquilladas y laceradas sus carnes, esos pueblos, vendrán entonces á doblar las rodillas á los pies del Santo Padre, y este les dirá: «Hijos míos, yo os bendigo.» Y el mundo eterno renacerá bajo esta poderoso

sa invocación: Cristo se dignará permanecer otra vez entre nosotros.

El mundo nuevo, que se ha introducido en Roma, desde el 20 de setiembre de 1870, es más que decrepito; se desmorona, cae en podredumbre; y esa podredumbre corrompe cuanto toca: la gangrena se apodera de todas las naciones: todas están representadas cerca de la nueva Roma; todas se glorian de estar en las mejores relaciones con el nuevo orden de cosas: entre la diplomacia y los ministros de Italia, reina perfecto acuerdo acerca de muchos puntos, sobre todo, acerca de que la Iglesia de Dios ha terminado su ciclo, y nada tiene que hacer en este mundo: su mision ha concluido: la nueva civilización tiene derecho á la dominación suprema.

El periodismo, este ariete poderoso del ejército satánico, opina como los ministros y los diplomáticos; y se ha repartido el trabajo. Los periodistas, unos hablan de Cristo y de su religion, para manifestar que ya de nada sirven: son los que pertenecen á la prensa avanzada; otros, no se ocupan ni de Cristo, ni de su religion, juzgando que el cristianismo, ha sido, y con razon, enterrado para siempre; y éstos pertenecen á la prensa moderada: el veneno, que destilan esos dos alambiques de ideas, se cree, generalmente, suficiente para emponzoñar á todo el género humano. Y á primera vista, tal creencia no peca de exageracion.

Todas las medidas, pues, están perfectamente tomadas por la secta, y Satanás puede sancionarias con su *visto bueno*; y á este le es permitido entretener un resultado favorable á la lucha que ha empeñado, tantos siglos há, contra la Iglesia: la gangrena ha causado ya inmensos desastres: la agonía del orden social cristiano se manifiesta por